

Voltaire en Ferney

Casi feliz, examinó su hacienda.
 Un relojero desterrado alzó la vista al sentir su
 presencia,
 Y siguió trabajando; allí donde una clínica se erguía
 a toda prisa
 Un ebanista se rascó la gorra; un agente vino a decirle
 Que algunos de los árboles plantados por su mano
 crecían sin problemas.
 Los blancos Alpes destellaban. Era verano. Era un
 hombre importante.

Allá en París, donde sus enemigos
 Hablaban en susurros sobre su iniquidad, sentada
 en su butaca,
 Una anciana invidente anhelaba la muerte y recibir
 sus cartas. «Nada
 Se compara a la vida», le escribía. ¿Realmente? Sí,
 luchar
 Contra la falsedad y la injusticia
 Bien valía el esfuerzo. Y cuidar de un jardín.
 Civilizar.

Conspirando, halagando, reprendiendo, así él, más
 listo que ninguno,
 Había conducido al resto de los niños a una guerra
 sagrada

A fin de derrotar a los viles adultos, y, como un niño,
 había sido astuto
 Y fingido humildad siempre que hiciera falta
 Una respuesta hipócrita o una simple mentira
 protectora,
 Mas, con paciencia de labriego, esperó a que cayeran.

Y, como D'Alembert, jamás dudó de su victoria:
 Sólo Pascal contaba entre sus enemigos, los demás
 Eran ratas envenenadas; quedaba mucho por hacer,
 no obstante,
 Y ya sólo podía confiar en sí mismo.
 Diderot era obtuso pero ponía todo de su parte;
 Rousseau, lo supo siempre, terminaría
 derrumbándose.

Igual que un centinela, pues, no debía dormir. La
 noche estaba llena de maldades,
 Terremotos y ejecuciones. Pronto estaría muerto,
 Y sobre toda Europa presidían horribles enfermeras
 Ansiosas por hervir a sus retoños. Tal vez sólo sus
 versos
 Pudieran detenerlas: tenía que seguir trabajando.
 En lo alto,
 Los impasibles astros componían su lúcida canción. —

Febrero 1939
Versión de Jordi Doce